

# NOTAS

## EL MOVIMIENTO COMUNISTA EN ITALIA

Al iniciar un análisis concreto del fenómeno comunista conviene recordar las jactanciosas afirmaciones con las que, cincuenta años antes, los dirigentes soviéticos conquistaron el Poder en Rusia e hicieron su aparición en el escenario mundial, dando a entender sin ambages la posibilidad de un conflicto mundial —a corto o largo plazo— entre el mundo libre y el mundo comunista.

Se podría hacer una antología con todas las *frases célebres* pronunciadas por Lenin, Trotsky y el resto de los jefes, quienes, ebrios de sangre y violencia, parecían haber olvidado todo lo que significase control, sentido de la proporción, casi enloquecidos como estaban por sus sueños de hegemonía y conquista de la Humanidad. Pero resultaría inútil. Todos tienen en común un absoluto desprecio hacia la vida humana y hacia la libertad ajena.

Transcurridos otros cuarenta años, estas afirmaciones conservan intacta toda su validez. El telón de acero entre mundo libre y dictadura, entre Oriente y Occidente, se halla en pleno auge, y mientras tanto una conspicua parte del globo se halla ya bajo control comunista.

Una prueba concreta de lo peligrosa que resulta esta situación la estamos experimentando los italianos a diario. A nuestra propia costa nos hemos dado cuenta de lo que significa albergar y nutrir al más fuerte, desprecupado y combativo de los partidos comunistas del Occidente europeo.

El proceso de «morfización» de nuestro país se halla en pleno desarrollo. Huelgas en cadena, agitaciones sindicales que con el aparente pretexto de tutelar los intereses de clase ocultan sus más evidentes fines políticos; cualquier sistema es bueno para inocular el veneno de la subversión en las arterias de la nación.

Pero el aspecto más inquietante de este lento fenómeno de intoxicación viene dado por el hecho de que, prescindiendo de sus fórmulas vacías y de sus esquemas demagógicos, el partido comunista parece sacar el mayor

provecho posible de las constantes experiencias de un diálogo imposible, que ha tenido como única consecuencia la penetración marxista en sectores que hasta ayer le eran totalmente hostiles.

En las elecciones para la Asamblea Constituyente de 1940, las primeras que se celebraron tras la caída del fascismo, el Partido Comunista Italiano obtuvo 4.356.686 votos, es decir, el 19 por 100 de los sufragios emitidos. Sólo dos partidos lograron superarle en cuanto a número de votos: la Democracia Cristiana, que obtuvo 8.080.664 votos, o sea el 35,2 por 100, y el Partido Socialista Italiano, que consiguió 4.758.129 sufragios, es decir, el 20,7 por 100.

Veintidós años más tarde, la situación es totalmente distinta. En las últimas elecciones políticas, las del año 1968, el partido comunista ha obtenido 8.551.397 votos, equivalentes a un 25 por 100 de los sufragios válidos. La diferencia con respecto a 1946 es, en cifras absolutas, de 4.194.711 votos, y en términos relativos, del 6 por 100.

Ello quiere decir que si en 1946 había un elector comunista por cada cinco votantes, en 1968 hubo un elector comunista por cada cuatro votantes. Mientras tanto, la Democracia Cristiana obtuvo el 38,3 por 100 de los sufragios, con un incremento del 3,1 por 100 (tras dieciocho años de gobierno ininterrumpido), y el partido socialista ha descendido al 13,8 por 100, con una pérdida neta del 6,9 por 100.

Las cifras, consideradas en su aspecto más simple e imparcial, son impresionantes, y se dice que el partido comunista es, en verdad, el único partido que puede registrar una constante evolución desde los puntos de vista organizativo y electoral, y todo ello a pesar de las frecuentes regresiones ideológicas a que le obligan los cambios que se producen en la cúspide del partido guía, es decir, el P. C. U. S.

También en este caso son las cifras y los hechos los que hablan por sí mismos. El partido comunista ha pasado de los 4.356.686 votos de 1946 —sin contar el paréntesis de 1948, que no es posible tener en cuenta a los efectos de una estadística seria— a los 6.122.638 votos de 1953, a los 6.700.812 votos de 1958, hasta llegar a los 8.551.397 de 1968. Por consiguiente, su progreso ha sido constante y no deja lugar a dudas de ningún tipo.

En las elecciones de 1968 el avance experimentado por el Partido Comunista Italiano ha sido todavía más notable, constante y arrollador, incluso en aquellas regiones —como Umbría, las Marcas, Toscana y Emilia— en las que se estimaba que la reserva de votos comunistas nunca debería ser utilizada hasta agotarla. En Umbría, el partido experimentó un incremento con respecto a 1958 de un 11,8 por 100; en las Marcas, del 4,3 por 100; en Toscana, del 4,1 por 100, y en Emilia, del 4 por 100.

Se trata de datos reales irrefutables que todavía parecen ser más preocupantes si tenemos en cuenta sobre qué bases estructurales se apoya esta masa electoral.

De acuerdo con noticias procedentes de fuentes comunistas, hasta hace poco el Partido Comunista Italiano se hallaba formado por 113 Federaciones, 18 Comités regionales, 334 Comités de zona, 87 Comités urbanos, 387 Comités municipales, 11.222 secciones y núcleos y 33.646 células, de las que 4.536 eran femeninas.

Para poder comprender la amplitud y profundidad de la penetración comunista en Italia será suficiente con que pensemos que en nuestro país sólo una organización, la eclesiástica, estructurada con arreglo a iguales criterios capilares, puede competir con esta maquinaria y puede oponer a la organización comunista 26.000 parroquias. Pensémoslo bien, 26.000 parroquias contra 33.646 células y 11.222 secciones. La comparación es impresionante y nos lleva a establecer amargas consideraciones.

Sería también interesante que hiciésemos alguna comparación entre la masa de votos y la de afiliados que, en sustancia, viene a ser expresión de la primera. Dijimos ya que en 1963 el Partido Comunista Italiano obtuvo 7.767.601 votos para la Cámara de Diputados. Pues bien; refiriéndonos siempre a este año de 1963, el Partido Comunista Italiano tenía en esta época 1.615.112 afiliados, de los que 173.701 eran jóvenes que geográficamente se repartían del siguiente modo: Italia septentrional, 861.322 (53,4 por 100); Italia central, 419.490 (29,5 por 100), e Italia meridional e insular, 334.300 (20,7 por 100).

De los jóvenes, 81.278 procedían del Norte; 44.330, del Centro, y 48.083, del Sur y de las islas.

Esta evolución desde los puntos de vista organizativo y electoral se corresponde con una regresión en el plano del proselitismo. Entre 1954 y 1963, los efectivos del partido comunista disminuyeron de manera sensible, pasando de 2.145.317 a 1.615.112, con una pérdida total de 530.000 afiliados.

En el mismo período, las fuerzas electorales del Partido Comunista Italiano han experimentado un aumento impresionante en cuanto a número de votos, escaños conquistados y cifras relativas.

Resulta fácil explicar este importante fenómeno, que conviene que meditemos. ¿A qué se debe el hecho de que disminuya el número de afiliados y aumente el de electores comunistas? A que en Italia la ideología comunista supera a la consistencia numérica de los efectivos y reviste una serie de problemas básicos de orden social, político y económico. Quien insista en querer destacar lo peligroso de este fenómeno estará en condiciones de organizarse de manera autónoma, de dictar normas para sus propios segui-

dores, de crear un aparato tan importante como el estatal y que sea capaz de competir con el mismo.

La validez de esta afirmación queda puesta de relieve cuando hacemos un rápido examen del sorprendente progreso llevado a cabo por el Partido Comunista Italiano a lo largo de sus cuarenta y siete años de vida.

Nacido en enero de 1921 como consecuencia de una de las periódicas escisiones surgidas en el seno del partido socialista —pero la de 1921 fue la más dramática e importante en cuanto a las nefastas consecuencias que tuvo para Italia y para el propio partido socialista—, no parecía que el Partido Comunista Italiano fuese a constituir, en un principio, una amenaza para los ya vacilantes ordenamientos democráticos de nuestro país. Los hombres que habían tomado la iniciativa de separarse del tronco socialista eran ante todo figuras sin importancia, pero brillantes, sin especial relevancia personal: Bombacci, Bordiga, Gramsci, Terracini, Graziaedei, Fortichiani y Fiammenghi. Excepción hecha quizá de Antonio Gramsci, conocido por su postura maximalista y por ser uno de los primeros apóstoles de una violencia que no sólo era ideológica, todos ellos procedían, sobre poco más o menos, del sombrío anonimato.

Sea lo que fuere, después de 1926 el Partido Comunista Italiano fue quizá el único partido que no perdió la cabeza y que con armas y bagajes se trasladó a terreno más seguro. De todos modos la burocratización de sus cuadros, consecuencia inevitable de un progresivo alejamiento de la acción de masas, redujo sus efectivos a menos de 5.000 afiliados (a esta cifra ascendían en 1943) y sometió a sus cuadros directivos a frecuentes reprimendas por parte de las jerarquías soviéticas.

A pesar del fascismo y de las dificultades internas y externas, el Partido Comunista Italiano siguió existiendo de todos modos. Así lo deseaba Moscú. Y fue el único de los partidos representados en el Komintern que nunca sufrió ninguna de aquellas sangrientas «purgas» que, en cambio, sí padecieron los demás grupos marxistas.

La finalización de la guerra, la vuelta a la dialéctica de los partidos en nuestro país y una serie de factores de carácter contingente volvieron a colocar al Partido Comunista Italiano en la cresta de la ola de una legalidad que iba a influir de manera más que positiva sobre su desarrollo.

La historia de las vicisitudes del Partido Comunista Italiano es demasiado reciente para que merezca la pena que nos refiramos a ella. Sustancialmente es la historia de la política italiana de la posguerra, con todos sus claroscuros y sombras.

Por lo que se refiere al Partido Comunista Italiano, es conveniente que hagamos hoy una consideración de carácter histórico y educativo, con objeto

de mejor poder entender la situación actual. De los grupos políticos de izquierda, el Partido Comunista Italiano es, sin lugar a dudas, el más fuerte de todos. Sus orígenes, desarrollo insospechado y también la postura asumida en fecha reciente han hecho de él un fenómeno que ha adquirido, se quiera o no, su importancia. El Partido Comunista Italiano es el depositario de la ideología marxista. A pesar de que el filón ideológico a que después volvió a adherirse, el comunismo pasó primeramente por el movimiento socialista (e incluso antes por el del anarquismo, que en la segunda mitad del Ochocientos tuvo en Italia su expresión más folklórica con Bakunin), el partido comunista se considera, con razón, el único depositario de esta concepción, a la que se adhieren otros grupos que después, en el plano estructural, se diferencian del propio Partido Comunista Italiano.

Pero sus orígenes no pueden ser olvidados. Y el origen marxista (común a ambos) ha sido, en un pasado no demasiado lejano, la base de innumerables luchas sostenidas por comunistas y socialistas en fraternidad y codo a codo, olvidando rápidamente las disidencias que provocaron la escisión de 1921.

En el campo de batalla de las luchas que desde 1922 a 1925 sostuvieron los grupos hostiles contra el fascismo encontramos a comunistas y socialistas, y los hallamos en el exilio, en la firma de aquel pacto de unidad de acción que, suscrito en 1934, no hizo más que confirmar su común origen revolucionario; volveremos a encontrarlos más tarde en tierras españolas con las Brigadas Internacionales; después, en la lucha partisana, y por consiguiente, en la renovada legalidad democrática, en la asunción de responsabilidades gubernativas, en el Frente Popular de 1948, y todavía hoy, en una serie de grandes y pequeñas manifestaciones, que van desde la fraterna convivencia en la C. G. I. L. a las innumerables Administraciones municipales y provinciales gobernadas por Juntas de oposición.

Todo ello nos hace comprender que la posición del Partido Comunista Italiano es la misma que la ocupada por el partido guía dentro del marco de la izquierda marxista, ligada por aquel cemento ideológico que con frecuencia traspasa los límites de las divergencias contingentes para volverse a unir a la matriz doctrinal común.

Y al llegar aquí conviene que hagamos otra reflexión, aunque en esta ocasión de carácter aritmético. En las elecciones de 1948, los partidos marxistas (de adquisición más o menos reciente) consiguieron un total de 10.827.870 votos, equivalentes a un 40,16 por 100; en el año 1953, 11.224.466 votos y un 41,4 por 100; en 1958, 12.664.141 votos y un 42,9 por 100, y en 1963 obtuvieron 14.577.635 votos y un 47 por 100.

Si las matemáticas no se reducen a una simple opinión, bastará con que

los marxistas italianos (reales o complementarios) obtengan el 3 por 100 de los votos para que consigan la mayoría absoluta. Y no hay duda de que al ritmo que caminan, más tarde o más temprano alcanzarán esta meta. Hasta puede ser que la consigan con la complaciente ayuda de aquellos marxistas de carácter complementario, procedentes del mundo católico, y a los que no hace muchos años el cardenal Ottaviani describió con una definición muy significativa: «comunistoides de sacristía».

Es precisamente de este grupo de origen bien distinto del marxista de donde provienen los mayores peligros y las mayores sorpresas. Estos grupos contribuyen a hacer más caudaloso un río que, con un poco de inteligencia y buen sentido, podría quedar reducido a las modestas dimensiones de un arroyo.

No obstante, el comunismo ha tenido que sufrir la más dura prueba que quizá un país católico como el nuestro haya podido imponerle: la de la excomunión.

Sin duda alguna, Pío IX fue el primer Papa que comenzó a ocuparse, hace más de un siglo, del comunismo. Lo hizo en su Encíclica *Qui Pluribus* de 9 de noviembre de 1846, dos años antes de que apareciese el *Manifiesto* de Carlos Marx, y lo definió como «destructor de los derechos, de las cosas y de la propiedad humana». Todavía volvió a hablar de él en otras Encíclicas, como la *Quibus Quantisque* de 20 de abril de 1849, en la *Nostis et Nobiscum* de 8 de diciembre de 1849 y en la *Quanta Cura* de 8 de diciembre de 1864.

Más detenidamente habló de él su sucesor León XIII en las Encíclicas *Inscrutabili* de 21 de abril de 1878, *Quod Apostolici* del mismo año, *Arcanum* del 18 de febrero de 1880, *Diuturnum* del 29 de junio de 1881, *Humanum Genus* del 20 de abril de 1884, *Exeunte Anno* del 25 de diciembre de 1888 y en la famosísima *Rerum Novarum* del 15 de mayo de 1891.

También en Benedicto XV hallamos alusiones al comunismo. Sus Encíclicas *Ad Beatissimi Apostolorum Principis* del 1 de noviembre de 1914 y el motu proprio *Bonum sane* de 25 de julio de 1920 se ocupan de él.

Pío XII no escribió Encíclicas específicas sobre el comunismo; pero sus discursos, sus radiomensajes, sus cartas son vibrantes y fulgurantes amonestaciones anticomunistas.

Juan XXIII también se expresó en numerosas ocasiones en contra del comunismo y lo mismo hizo Pablo VI.

En fin, no se puede olvidar que en la última sesión del Concilio Ecu­ménico Vaticano II más de 400 obispos presentaron una relación detallada y perfecta, desde el punto de vista doctrinario, pidiendo que el Concilio condenase de manera abierta al comunismo. Esta petición permanece como

documento que sirve de amonestación a cuantos sostienen que es posible el diálogo entre el comunismo y el mundo católico.

Por último, en el año 1949 el Santo Oficio excomulgó a los marxistas y a cuantos le prestaban su apoyo.

En un país en el que los católicos representan más del 90 por 100, un volumen de documentos tan fidedignos como éstos no ha tenido las consecuencias que habría tenido en otros países de mayoría católica, en los que el partido comunista habría sido, como mínimo, eliminado.

¿Cuáles son los motivos? Estos son numerosos, y en realidad no es éste el momento de iniciar un análisis, que se traduciría en una polémica que todos deseamos evitar. Bastará con que hagamos alusión a los compromisos, titubeos y actitudes más o menos abiertas que determinados sectores del mundo católico (interpretando el anhelo de renovación expresado en el Concilio como si se fuese a autorizar la anarquía) han adoptado con respecto al mundo comunista. Tanto es así que los fieles, afectados, por una parte, por la dureza del tono de los Papas con respecto al comunismo, han visto después, con espanto y confusión cómo se entablaban diálogos más o menos abiertos, coloquios, relaciones con ese mismo comunismo que siete Pontífices habían condenado por medio de documentos que no pueden permanecer ignorados.

Las contorsiones de la «izquierda blanca» han acabado por llenar de incertidumbre el ánimo de los católicos, quienes han seguido votando a los comunistas (al igual que en el pasado), solucionando de este modo su duda y autorizados por tantos diálogos y contaminaciones.

Pero el Partido Comunista Italiano no sólo ha logrado superar la tempestad de la excomunión de 1949. También ha conseguido superar el gran traspies dado en Hungría, y en fecha más reciente, el nacimiento de un competidor tan peligroso como el Partido Comunista Marxista-Leninista, a quien sus dirigentes proclaman único depositario de la ortodoxia marxista.

Ante tantos problemas se consigue comprobar lo siguiente: Que se equivoca quien piense que el comunismo puede ser combatido por medios empíricos, como las fisuras provocadas en su seno, las dimisiones forzadas, las grietas producidas en una coraza que es solidísima. Los relevos pre-electorales se hacen cuando se cree más conveniente. Un individuo que el día antes ostentaba un cargo de primer orden dentro del Partido Comunista Italiano, si se aleja de él, veinticuatro horas más tarde será hombre muerto desde el punto de vista político. Porque los honores, la posición de prestigio, los votos de preferencia, todo ello le viene dado por el partido. El día en que decida salir del partido no será nadie. Incluso perderá su propia per-

sonalidad. Contamos, al respecto, con decenas de ejemplos que son ilustrativos en grado sumo y de los que tampoco vale la pena que hablemos.

Comoquiera que no merece la pena que nos detengamos en las quiméricas profecías sobre la posibilidad de que se produzcan zarpazos contra la masa comunista por parte de los marxistas leninistas y de los chinos, seguiremos con nuestro tema. El Partido Comunista Italiano, puesto que basa su solidez estructural en una ideología que hace fanáticos a quienes la aceptan, ha demostrado ser un partido compacto.

El comunismo no se combate con quimeras, sino con hechos. El nuestro es un país que se halla en condiciones de oponer a la pertinaz y diabólica propaganda de instigación y articulación de un descontento que, a la larga, se convierte en patológico, un plan orgánico del que derive una verdadera situación de bienestar, de tal modo que los propios comunistas se vean obligados a establecer comparaciones. De ser así, el diálogo queda cerrado. En caso contrario, el diálogo sigue abierto con todas las amargas consecuencias que de ello derivan.

Se ha dicho y repetido que el comunismo se combate con las adecuadas reformas, ofreciendo a la masa datos de hecho con objeto de oponerlos a las promesas y a las provocaciones de la ideología comunista. En efecto. También merece la pena recordar que el mundo libre posee hoy dos sistemas de defensa: el voto y las medidas represivas. La mayor parte de los países del globo prefieren recurrir al primero de los sistemas para bloquear el avance comunista. Y es sintomático (aunque un poco desalentador para nosotros) constatar que mientras las naciones que debieran considerarse en los albores de la civilización, por lo menos según el parecer general, han rechazado la adulación marxista (los electores de Madagascar o de Nueva Zelanda, por ejemplo, en las últimas elecciones han dado el 0,2 por 100 a los comunistas) y han dicho No a la ideología del odio y del embrutecimiento de la personalidad humana, los electores de la muy civilizada Italia, patria del Derecho, han dado en 1968 el 25 por 100 de sus sufragios al partido comunista.

En cambio, otros países prefieren hacer frente al marxismo con sistemas más enérgicos, aunque sea dentro de los límites de la legalidad más ortodoxa. En pocas palabras, poniendo fuera de la ley al comunismo.

Hemos visto la actitud de Alemania federal, por no citar a España, Grecia y Portugal. Nos limitaremos a señalar que el partido comunista está fuera de la ley en numerosos países extraeuropeos, de los que los más significativos son: Birmania, donde fue declarado ilegal en 1960; Brasil (tras la defenestración de Goulart, y del que Luis Carlos Prestes, secretario general del partido brasileño, era uno de sus principales pilares), China na-



cionalista (que sostiene una valiente batalla contra el comunismo); Corea del Sur, Irak, Irán, Méjico (país más bien partidario de posturas radicales, cuya actitud intransigente frente al comunismo adquiere, precisamente por ello, un especial significado), Nepal, Paraguay, República Arabe Unida (a pesar de los coqueteos de Nasser con chinos y soviéticos), Africa del Sur, Rhodesia, Túnez, Turquía, Vietnam del Sur, Camerún, Níger, Marruecos, cuyo partido comunista fue disuelto en febrero de 1960 por medio de una sentencia que ha obtenido la definitiva y autorizada sanción del Tribunal Supremo, y que precisamente hace sólo algunos meses ha considerado que el partido comunista se halla «en contradicción con los principios fundamentales del Islam»; Argentina, donde ha sido lanzada una compleja e interesante legislación anticomunista. Pero los más concretos elementos de defensa anticomunista los encontramos en un país que no puede recibir lecciones de democracia de ningún otro; en todo caso, las daría él (y que, además, no tiene la desgracia de dar cobijo a un partido comunista que pudiera llegar a causarle preocupación): los Estados Unidos.

La ley que ha resultado ser más completa en materia de represión de las actividades subversivas es la promulgada en 1950, y que, con el nombre de «Internal Security Act», prevé, entre otras cosas, «la obligatoriedad por parte de todas las organizaciones comunistas de inscribirse en un registro».

En resumen, puede decirse que no faltan instrumentos con qué defenderse de la amenaza comunista. Lo importante es saber escoger, y para nosotros los italianos, que lo hagamos pronto. Cualquier aplazamiento pudiera resultarnos fatal.

FRANCESCO LEONI

